

Jesucristo derramó su sangre con toda liberalidad. Ustedes, señores, dispénseme, que yo protesto la enmienda.

D. Dionisio y Doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.

CAPITULO V.

En el que se trata de la historia de Irene.

No todos han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y mas cuando hay quien nos atice como Doña Eufrosina que se empenó con Welster, pasados los dias de luto, para que tuviera un dia de diversion en su casa.

El anglo-americano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino; y así dispuso el dia de frasca que apetecia Eufrosina, porque muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condescender con ajenos respetos.

En efecto, se citó este dia deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad, fueron el señor Labin, el coronel y su familia, el cura D. Jaime y otros. Carlotita se presentó ese dia con todo aquel lujo que le correspondia en su clase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la indecencia en las mugeres bien nacidas para parecer mas hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseia la ciencia del mundo, ciencia útil y necesaria á todos; pero que no todos saben manifestar. El y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atencion y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del comun de los concurrentes.

En esto me dieron una leccion apreciable de sociedad, y me proporcionaron un lugar para murmurar á aquellas gentes, que cuando tienen una diversion en su casa, hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los mas ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque estos sean sus antiguos amigos y á quienes han merecido mas cariño y mas favores.

Estas cuitadas personas, todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulacion y de la amistad, faltan á las sagradas que esta prescribe, por llenar las viles que aquella impone.

Ordinariamente á los amigos y parientes se deja sin lugar en la mesa, sin contestacion, y si se ofrece, sin comer, por obsequiar á las personas de cumplimiento. La disculpa con que paffan su ingratitud y su falta de ciencia de mundo, es harto ridícula. Perdona, mi alma, dicen las mugeres á sus amigas ó parientas, perdona que no esté contigo, ya ves que está ahí el conde ó el marqués, el canónigo ó el cura fulano, y tú me has de dispensar porque eres de casa.

A la sombra de esta fingida confianza, tienen las visitas pobres que sufrir mil groserías y desprecios, hasta llegar á comer sobras, despues que las convidan. La prudencia les alabo.

El americano Welster y su esposa habian aprendido con escritara la buena crianza, y así á nadie señalaron. Sabian muy bien las dos reglas de política que se deben observar en estos lances, y así no quedaron mal ni notados de ninguno. Las reglas dichas son las siguiente:

1.ª No convidar mas personas, que las que pueden colocarse en la mesa destinada al convite, con su correspondiente cubierto, dejando algunos lugares vacios para los que se introducen de parte del señor coladilla sin ser llamados, y á proporcion de los platillos que se han de servir, sin dejar á los criados muertos de hambre en el dia de banquete.

2.ª No particularizarse con ninguno, sino ha-

cer á todos igual aprecio y tenerles iguales consideraciones.

Se encierran en dos estos preceptos, y es fácil su cumplimiento en queriendo que se verifique.

Welster y su esposa los observaron. Ningun convidado comió fuera de la mesa, y en lo restante del dia apenas se sentaron los señores Jacobo por un lado, Carlota por otro, un rato con esta familia y otro rato con aquella; con todos conversaban, á todos divertian, y nadie tuvo ocasion para quejarse.

A la noche siguió el baile, y todos se divertieron sin emulaciones ni etiqueta.

Como las diez de la noche serian cuando estando bailando Carlota en una contradanza, entró una señora vestida de negro, con el velo echado en la cara y un bulto bajo del brazo, la cual habiéndose detenido un corto rato en la puerta de la sala, luego que observó que Carlota no tenia que figurar en el baile, entró apresurada, la tomó de un brazo, le habló dos palabras, y se fueron á la recámara, ocupando otra señorita el lugar de Carlota.

Todos hicieron alto en esta novedad; pero ninguno fué en su seguimiento. A poco rato salió Carlota sola, y continuó el baile hasta su conclusion, que fué á las dos de la mañana, sin que nadie supiera quién era la tapada; pero el lector es fuerza que lo sepa.

063212

Al día siguiente fué Welster á casa del coronel, á tiempo que iba á almorzar con su familia: lo recibieron todos con espresion, y le dieron asiento en la mesa para que los acompañara en el almuerzo.

Durante este, le dijo Doña Matilde. Por fin, ¿quién fué la tapadita de anoche? que cierto que nos dió algo en que pensar su silencio, la hora y el extraño trage en que entró. Aventuras, señorita, aventuras, respondió Welster: sobre esto vengo á consultar al señor coronel. El caso es que la tapada es una jóven de diez y ocho años, nada fea y bien nacida, segun dice: se llama Irene, fué muy amiga de mi muger en el convento, donde la pusieron sus padres para ver si olvidaba á un jóven llamado D. Jacinto, con quien ella quiere casarse. En efeto, despues de seis meses de encierro, Irene fingió tan bien que ya habia prescindido de su amor, que engañado su padre, la sacó y la llevó á su casa muy contento.

Ocho días hace, que aun ignoraba Irene por qué motivo la habian sacado del convento; pero su padre la sacó muy presto de esta duda, diciéndole que le tenia ajustado un ventajoso casamiento, del que jamas tendria que arrepentirse, pues el novio la queria mucho y era muy rico. Irene preguntó quién era, y se le respondió que D. Cosme Santibañes. Irene conocia bien al dicho D. Cosme, como que visitaba su casa con frecuencia: y así, luego que oyó nom-

brar el sugeto á quien la destinaban, se contristó, y no se determinó á hablar una palabra, porque temia el carácter furioso de su padre, quien no se metió por entonces en inquirir su voluntad, sino que lo dió todo por hecho, y la dejó sola.

La pobre Irene inmediatamente procuró instruir á su amante de la resolucion de su padre, y D. Jacinto le contestó que si ella lo amaba de veras, no se casaria con D. Cosme ni con un príncipe, pues para contraer matrimonio deben estar acordes las voluntades de los contrayentes: y así, que si ella queria mantenerse firme y cumplirle la palabra que le habia dado de ser suya, no se casaria con otro aunque la matasen; pero que si se dejaba deslumbrar del interés, y tenia intenciones ó deseos de ser rica, en este caso escusado era que le avisara, pues podia hacer lo que le estuviera mejor, aunque á él le costase la vida el perderla.

Irene recibió esta carta con la pena que se puede considerar, y resolvió no casarse con nadie, á no ser con D. Jacinto, y mucho menos con D. Cosme, pues dice que es un viejo, payo, muy barbajan, grosero y zeloso; pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado no solo á su padre, sino á su madre y á su hermano, prometiéndoles á todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. Con esto, todos están interesados en que se case

Irene con él, y aun cuando ella no manifestaba una declarada repugnancia, no dejaba de persuadirla á que verificara con gusto el enlace, de suerte que la infeliz Irene no tenia en su casa otra persona con quien desahogarse, sino con una vieja que la crió, llamada nana Felipa. Con esta pobre lloraba y se quejaba amargamente.

Mientras esto pasaba, su padre no perdía tiempo para agitar el casamiento, como que tenia dinero á su disposicion. Irene, que es muy cobarde á lo que entiendo, y teme mucho á su padre y al hermano, no hallaba modo cómo decirles que no queria casarse, y nana Felipa le aconsejó que se valiera de su confesor.

Lo hizo así Irene, y el buen sacerdote hizo tambien quanto estaba de su parte, tanto para embarazar que se casara con D. Cosme, quanto para que el padre diera su permiso para que se enlazara con D. Jacinto; pero todo fué en vano, porque D. Lucas, que así se llama el padre de Irene, es un poco peor que mi difunto suegro.

El confesor de Irene le hizo ver que no debía ni podia violentar la voluntad de su hija para abrazar un estado que le era repugnante, ni ligarse con un hombre á quien no tenia la mas mínima inclinacion: que el D. Jacinto era un mozo bien nacido, que lo conocia mucho y á sus padres: que era muy hombre

de bien; y si no tenia el caudal que D. Cosme, no le faltaria á su hija lo preciso, pues tenia en una de las oficinas reales de esta ciudad destino decente y con escala: que para ella, que era una niña pobre, no estaba desigual el casamiento: que era mejor dejar á las hijas casarse á su gusto, que no esponerlas á hacerse infelices toda su vida, y de camino á los hombres con quienes se unen. En fin, el buen sacerdote le dijo quanto pudo; pero, como he dicho, todas sus diligencias fueron vanas, porque D. Lucas estaba incesorable. Decia que nadie sabia mas que él lo que le importaba á su hija, pues al fin era su padre: que era escusado lo persuadieran á que la dejase casar con el pelado de D. Jacinto, porque tenia á su favor la pragmática sancion publicada en Madrid en 27 de Marzo de 1776, segun la cual no se casaria sino con quien él quisiera, mientras no estuviere habilitada de la edad, y que si se casara sin su consentimiento, ayudada de algunos que la quisieran favorecer, anularia el matrimonio, pues como era su padre, tenia facultad para todo.

El eclesiástico procuró sacarlo de estos errores, diciéndole que el espíritu de la ley era sujetar á los hijos para que no abusasen de su libertad en conocido perjuicio suyo; pero no ampliar sin limites la autoridad de los padres, permitiéndoles se opusieran á los honestos enlaces de sus hijos, solo por codicia, ven-

ganza ú otros fines tan indignos como estos: que el ser este el espíritu de la ley se prueba con ella misma, pues deja á los hijos en absoluta libertad para que contraigan matrimonio con quien quieran, y sin necesidad de la licencia de sus padres, luego que han llegado á cierta edad, en que se consideran con suficientes conocimientos y esperiencia, y que tambien era un error creer que el matrimonio celebrado en cualquier tiempo sin el permiso paternal era nullo, pues contra los que tal dijeran habia fulminado una terrible excomunion el Santo Concilio de Trento. (Ses. 24. Cap. I).

Ninguna de estas ni otras razones del eclesiástico sirvieron para otra casa sino para irritar al encaprichado D. Lucas, y el confesor, viendo que nada conseguia, se despidió.

Inmediatamente el malvado padre, consultando con D. Cosme, con su muger, con su hijo y con todos menos con Irene, trató de apresurar el casamiento.

Para esto, luego que se fué el confesor, salió él tambien á la calle con el mayor disimulo, y á la una del dia volvió, y encerrándose con Irene le dijo: Parece que tú no has escarmentado con el convento: aun te inclina mucho ese pelagatos de D. Jacinto, y repugnas casarte con el honrado D. Cosme, con un hombre maciso, de esperiencia, que te quiere mucho, y nos puede hacer felices á todos, porque es muy ri-

co y tiene dinero que le sobra. Si vieras lo que te ha prevenido para darte de donas el dia que des el Sí, te espantarias. Un ropero te tiene todo de ropa nueva, de última moda y hecha á tu medida: porque con tiempo se han pedido á tu madre, camisas, túnicos, medias, y hasta zapatos tuyos. Por lo que toca á alhajas, no tienen número, pues á mas de las de sus difuntas mugeres, que ha tenido dos, te ha comprado muchas del dia, y de valor. Fuera de esto, me ha prometido dotarte en seis mil pesos, por si muriere sin hijos: habilitarme con cuatro mil, para que yo los gire en lo que quiera, sin tomar él nada de las utilidades, y poner á tu hermano de administrador de una de sus haciendas con buen partido.

Con que ya ves que estas fortunas no se proporcionan todos los dias: que si esta coyuntura se pierde no se ofrecerá otra en toda la vida, y que tú puedes hacernos felices á todos, con solo que olvides al picarillo de Jacinto y te cases con D. Cosme.

Si yo te pidiera que ayunaras á pan y agua cuatro meses, que te desollaras á azotes, que te sacaras las muelas, ó que te dejaras matar, harias muy bien de no obedecerme, porque estos serian unos sacrificios muy costosos; pero que te cases con D. Cosme ¿qué dificultad hay en ello, qué inconveniente, qué imposible? Es verdad que él ya es viejo; pero debajo de la barba cana vive la muger honrada. Es un payo

tonto; pero tú no lo has de querer para que te predique sino para que te dé gusto. A mas de que, por lo mismo que es viejo, debes casarte con él de buena gana, porque en cuatro dias se muere, y poca guerra te dará: y como tú le sepas hacer la barba, te dejará heredera de todo cuanto tiene, que es bastante para hacernos ricos á todos. Cátate ahí que entonces quedas muchacha, bonita y con dinero, y te casarás con quien te diere gana. Conque, ¿qué dices, hija mia, te casas con D. Cosme? porque ya está todo prevenido.

Papá, dijo Irene, yo no aprecio el dinero mas que mi gusto, y si usted me pregunta la verdad, yo con quien quiero casarme es con D. Jacinto, y por él despreciaré á un rey. ¿Eso me dices á mí, mocosa, perra, atrevida, malcriada, insolente? le respondió D. Lucas. Pues oye: ya yo tengo empeñada mi palabra y te has de casar con D. Cosme, ó se ha de llevar el diablo toda mi casa. ¡Ya me conoces! ¡he! ¡ya me conoces! Conmigo no se juega. No pienses que yo soy como el pasguate del padre de la monja (lo decia por mi suegro) que se volvió loco, se murió y no hizo nada. No, yo no soy tan para poco. A mí me ahorcarán, pero no me moriré de pesadumbre, ni será por nada, sino por algo. Mira, ¿ya ves este puñal nuevecito? pues lo he comprado hoy para matarte si no me obedeces ciegamente. Esta tarde ha de ve-

nir el cura á tomarte el dicho, y yo he de estar presente. Conque resuélvete: ó le dices que es tu gusto casarte con D. Cosme ó ya puedes hacer actos de contricion, porque esta tarde mueres á mis manos. Diciendo esto, se salió del cuarto ó aposento.

Ya se deja entender el conflicto de esta infeliz muchacha. Comió por ceremonia. A la tarde á cosa de las cuatro llegó el cura de la respectiva parroquia con un notario: llamaron á Irene: salió la triste forzada, y parado su padre detrás de ella, metida la mano en el faldon de la leyita, mirándola con ojos centellantes, la obligó á dar el sí, y á decir que era su voluntad casarse con D. Cosme. Su mano trémula firmó su sacrificio, y se concluyó aquel acto terrible.

Al dia siguiente llevaron á su casa las donas, que segun ella dice, son de costo; pero las recibió con demasiada frialdad, y sobre esto la riñeron sus padres y su indigno hermano.

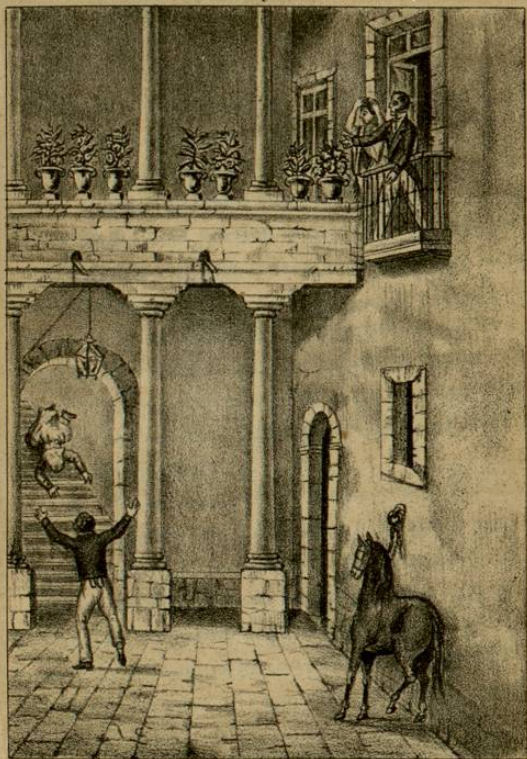
Esto fué el viérnes: el sábado le dijo su padre que ya estaba conseguida la dispensa de *vanas*, que es de amonestaciones ó publicatas: que el domingo seria la boda ó la dada de manos, como suelen decir. ¿Cómo se quedaria Irene con esta nueva? Fácil es inferirlo.

Llegó el domingo. En la mañana fué á verla el novio, y por primera vez le habló de amores; pero esto

á presencia de todos sus tiranos. El paso sería de los mas célebres. La muchacha lo cuenta con mucha gracia, porque dice que D. Cosme es en efecto un macho cargado de plata: un vejancon muy rústico, criado en las Batuecas, lleno de ignorancia y de engrandecimiento con su dinero: circunstancias que lo hacen ridículo y odioso hasta lo sumo.

Irene sufrió una hora de penitencia con estar hablando con él: la angustia de su corazón era mucha; no sabía cómo escaparse del próximo peligro que la amenazaba, ni tenía de quién fiarse sino de nana Felipa para avisar á su amante que en aquella noche debían verificarse sus desgraciadas bodas; pero aun de nana Felipa desconfiaba, porque dice que es muy tonta y muy escrupulosa.

Sin embargo, atropelló con todo y con muchas lágrimas y cuatro escuditos de oro de á dos pesos le suplicó llevase á D. Jacinto un papel mientras comían, y que no se volviese sin respuesta. El oro todo lo vence. La vieja llevó el papel, y después de siesta entregó á Irene la respuesta de D. Jacinto; que se reducía á decirle que desde las siete de la noche estaría un coche parado en la esquina, y él en un zaguan de enfrente de su casa, con otro compañero: que si se resolvía á no casarse, que hiciera por salirse, y que estando en la calle, verían entre los dos qué se hacía.



Trabajo le costó á Irene resolverse á una fuga tan inconsiderada; pero el tiempo corria, amaba á D. Jacinto, aborrecia al novio viejo, y ya le parecia que la casaban con él en esa noche; y así, ya cerca el toque de las oraciones se determinó á salirse de su casa. Hizo un lio con alguna de su ropa, guardó sus alhajas, y lo escondió todo debajo de la escalera.

A esa hora llegó el peluquero, la peinó muy bien, y su madre la compuso como novia con el mejor túnico y las mejores alhajas, que le habia comprado el viejo, quien dice que andaba muy contento, rasurado, y hablador.

D. Lucas no cabia en sí del gusto: la madre y el hermano estaban locos: los criados entraban y salian previniendo el refresco, y la novia hizo tan bien el papel de que estaba muy alegre, que los engañó á todos completamente.

Pendientes estaban los viejos y ella del reloj. Los viejos deseaban que dieran las siete, á cuya hora esperaban al cura, é Irene las descaba tambien para marcharse. Cada rato preguntaba á su padre, qué hora era, y este decia á D. Cosme: ¿Qué le parece á usted amigo? ya no ve la señorita la hora de que den las siete. ¡Vaya, vaya, todo ha salido como se apteccion!

Apenas dió la primera campanada de las siete, se asomó ella al balcon, vió el coche en la esquina, co-

noció á su amante, y aprovechando un momento favorable que le proporcionaron unas señoritas, que llegaron de visita, bajó corriendo: se vistió el túnico y la mantilla negra y se salió para la calle.

Al salir dice que entró el cura y otros señores: le dieron las buenas noches, y pasaron de largo. Asegura Irene que de su casa á la esquina donde estaba el coche se le hizo una legua, y cada instante pensaba que iba su padre detras de ella y la mataba.

En fin, entre estos sustos llegó al coche, subió y se alejaron de su casa á todo trote. Su querido Jacinto la procuró serenar y la obsequió del mejor modo, aunque ella nada quiso tomar.

En andar calles se les fué la noche sin atreverse D. Jacinto á llevarla á ninguna casa de sus conocidos, por no esponerla á que se hablara de su honor. Ella tampoco queria ir á ninguna casa de sus conocimientos, porque temia que se lo avisaran á su padre. Con esta irresolucion pasaron por casa á las diez de la noche, oyeron música, se informaron de que habia baile, y preguntando ¿quién vivia allí? les dijeron que la monja, ó la Carlota, la muger del inglés. Al instante se acordó Irene de su amiga y compañera, y le dijo á D. Jacinto que en ninguna parte se juzgaba mas segura, porque Carlotita la queria mucho, y era de muy buen corazon, y que á mas de esto su padre no podia presuñir que estuviera allí, porque no la

conocia sino por el nombre. Con esto se despidió de su amante, subió la escalera, se detuvo en la puerta de la sala para ver á Carlota, y luego que la conoció, se acercó á ella y se entraron las dos á la recámara como vieron ustedes. Esta es la aventura de la tapada. Ahora pregunto, señor coronel, ¿qué deberé hacer en este caso?

En verdad que no es muy fácil la respuesta, caballero Welster, contestó D. Rodrigo: por todas partes se presentan dificultades. Si usted la tiene en su casa, hay el riesgo de que lo sepa su padre, y que no solo le acarree á usted mil incomodidades, sino de que lo comprometa á un lance de honor, porque él es un necio atrevido, y usted no ha de consentir que la saque de su casa con tropelia. Si usted se la entrega á él llanamente, es lo mismo que entregársela al verduge. Si se le da parte al juez eclesiástico, dirá que no tiene que ver en eso; y si al juez real, puede mandar que la entregue usted á su padre, ó que se ponga en un depósito á su disposicion, y de todos modos queda espuestísima la muchacha entre sus padres, su hermano y el tal D. Cosme, pues todos conspiran á su ruina. ¡Válgate Dios por padres crueles, y á qué peligros esponen á sus hijas! ¿No ha consultado usted esto con nuestro amigo Labin?

Se lo consulté, respondió Jacobo, y es de parecer que la tenga yo en casa unos dias, mientras se ve có-

no se pone en un convento de orden del juez, sin intervencion de su padre; pero no debe de estar muy seguro de su parecer, pues él mismo me envió acá á consultar con usted.

Pues yo suscribo á la opinion del señor Labin; pero solo quisiera que se acelerara ese paso, porque importa mucho que el ingreso de Irene al convento sea muy pronto.

En esto quedaron, y Welster se despidió para buscar á Labin, y dar traza de asegurar á Irene.

A poco rato llegó Pomposita en coche, acompañada de la recamarera á ver á su prima con no sé qué pretesto. El coronel, al verla sola, le dijo: ¿Qué no hay otra persona en tu casa de mas respeto que te acompañe? ¿es fuerza que la recamarera sea tu custodio? ¿ó es la que merece mas confianza á tu madre? ¿qué cosas!

Se conoció que se enfadó un poco D. Rodrigo, porque á poco tomó el sombrero y se salió para la calle.

Doña Matilde hizo que le dieran de almorzar á su sobrina, y se fué á hacer una labor que tenia entre manos, dejando á las dos niñas en la sala.

Llevaron el almuerzo á Pomposita, y mientras estaba almorzando, la criada se sentó junto á ella en un mismo canapé. Pudenciana notó bien esta familiaridad, y la comenzó á ver con atencion. Pomposa advirtió que su prima estaba incomodándose con

esto, y le dijo á la recamarera: levántate hija, que para servirme la mesa no es menester que te sientes.—Ora sí, niña, ¿de cuándo acá son esas monerías? ¿qué es la primera vez que me siento con usted?—No, no es la primera vez que te doy licencia de que te sientes; pero eso no lo has de hacer en las visitas, ni delante de la gente, porque dirán que todas somos unas, y has de advertir que yo soy tu ama, y tú mi criada para que me trates con respeto.

¡Ay niña! ¿qué soberbia ha amanecido usted ahora! La verdad que esas son muchas quirotadas.—Mira, Manuela, que no seas tan grosera ni malcriada, porque.....—¿Por qué, niña?—Porque te haré escupir las muelas á bofetadas.—¿A mí? sí; ¿pues cuándo!.... era menester que tuviera yo las manos amarradas para dejarme dar de usted.

Iba Pomposa á levantarse con el tenedor en la mano, hecha un veneno contra su altanera criada, pero Pudenciana la contuvo, y levantándose ella se encaró á la moza, y con la seriedad que pudiera proceder una señora de edad, le dijo: ¿Qué es esto, insolente, atrevida? ¿qué no ves con quién hablas, ni dónde estás? ¡Eh! márchate pronto para fuera, antes que llame yo á mamá y te mande echar á palos de mi casa, llanota, malcriada, indecente. Señorita, yo no me meto con su mercé, decia Manuela—Ni te metieras; ¿pues cómo yo te habia sufrir esas pi-

cardias ni esos retobos, que no se lo avisara á mi papá, y salieras de mi casa bien castigada? Sobre todo, yo no quiero conversaciones contigo. Múdate á la cocina, si quieres esperar á tu ama, ó vete normalmente de una vez, que yo le avisaré á mi tía que te he echado. Si, si me iré, decia llorando Manuela; pero así que me paguen lo que me deben, que no habia de ver la niña sino lo que yo les aguanto, y lo que hago por ella; pero yo le avisaré á la señora y á señor, y... Vamos, Manuela, cállate la boca, decia Pomposita, ¿para qué es eso? ya sabes que yo y mi mamá te queremos mucho; pero no me gusta que delante de las gentes te propases conmigo. Con esto se contentó la criada y se salió al corredor á esperar á su ama.

Así que esta estuvo sola, le dijo Pudenciana: estoy muy admirada, no te conozco: ¿es posible que tú no solo hayas aguantado las perradas de esa grosera, sino que la hayas contemplado y dádole una satisfaccion? tú, que te vanaglorias de no dejarte de ninguno, y que hasta con mi tía te pones á tú por tú cuando se ofrece, ¿te has abatido tanto á una sirvienta de porra? ¡vaya! si me lo hubieran contado, hubiera dicho que era mentira.

Tienes razon de extrañarlo, dijo Pomposa, pero sábetete que no solo yo le aguanto, sino tambien mamá. Yo le sufro sus retobos por cierta cosa, y mi mamá porque le debe seis meses de salario.

¡Qué cosas de mi tía! ¡qué olvido! no puede ser otra cosa, porque no le falta dinero.—¡Ya se ve que no! mi papá le da para todo; pero no le alcanza, y se ve muy apurada hasta para completar el gasto de la semana. ¡Como tiene tantos bailecitos.....!—Yo soy una mocosa; pero no hiciera ninguna fiestecita por no verme apurada, y sobre todo, porque no hablaran los sirvientes. Pero niña, por eso sufre mi tía los retobos de Manuela; ¿y tú por qué?

¡Ay niña! porque mira..... ¿pero estamos solas? ¿no hay nadie que nos oiga?—No, Pomposita, di lo que quieras que estamos seguras de que ninguno escuche lo que hablamos.—Pues oye. Entre las visitas de mi casa y entre mis muchos enamorados, me llenó el ojo y supo avasallar mi corazon un capitancito de milicias, en términos que hube de corresponder á sus instancias. Ello es verdad, que el muchacho es muy buen mozo y muy fino: no me pesa de quererlo; pero tengo miedo porque mas de dos veces he estado para comprometerme.—¿Será para casarte, no es verdad? Nada de eso. ¿Yo me habia de comprometer á casarme con un triste capitán? ¡No digo, ni con un brigadier! Si fuera con un marqués rico, tal vez.....—Muy alto piensas, hermana; pero no queriendo casarte con ese capitán que te pretende, no sé en qué estaria tu comprometimiento, pues una niña de tu estado y de tu clase, no puede

comprometerse con un hombre á otra cosa que á ser su muger.—Pues yo me he visto comprometida á otra cosa sin que haya sido para eso. ¡Ya se ve! tales han sido los riesgos. Mira tú, que una noche me estuve platicando con él en el descanso de la escalera. Otra vez. . . . —Cállate, niña: ¿y es posible que te espongas á esos riesgos? ¿Qué no te ha visto mita, no lo sabe?—No, niña, ni lo permita Dios. ¿Sabes quién me ha valido mucho? Manuela, porque ella ha estado al cuidado para avisarme.—¡Ah! tú le sufres sus picardías, porque no te acuse.—¡Ya se ve que sí! por eso le aguanto; si no ¿cómo ella había de alzar los ojos para verme? Pero no te admires de esto. ¿Acaso yo seré la primera niña doncella que tolere á sus criadas, porque ha tenido la debilidad de fiarse de ellas?—¡Ya se ve que no serás la primera ni la última que les tenga miedo, ni que pierda el crédito por su causa!

¿Qué puede hacer una criada vil que se emplea en estos oficios, sino callar las flaquezas de sus amas mientras estas les tapen la boca con dádivas? pero el día que les dejen de dar ó que no estén de humor para sufrirles sus retobos y llanezas, entonces las descubrirán no solo á sus madres, sino á cuantos puedan, porque entre la gente sin principios no tiene límites la venganza.

¡Bien haya mi papá que me aconseja que yo le dé

cuenta de cuanto me pasare, sea lo que fueren! ¿Hasta de tus enamorados? preguntaba Pomposa. Sí, hasta de eso.—¡Ay niña! ¡cuándo mi papá, ni mi mamá habian de permitirme tal cosa! Dirian que eso era perderles el respeto.—Mas se les pierde valiéndote de esa criada, y mas te espones, porque si tú hubieras tenido el permiso que yo, es verdad que le hubieras hablado á solas al capitán; pero tampoco te hubieras espuesto como dices.

Fuera de esto, para que las amas, sean las que fueren, tengan boca para sus criadas, es menester que estas no les sepan nada, que no tengan rabo que pisarles: porque de otra suerte, las mozas tienen á las amas como los cocheros á las mulas, sujetas del fiador, y cada día se insolentan mas, porque están seguras de que les han de aguantar, por tal de que no descubran sus defectos.

Pepa la Gomez me contó el otro día que una amiga suya le aguanta á una costurera que tiene, treinta mil porquerías, retobos y robillos de cuando en cuando. Su marido cada rato le dice que la eche; pero ella no se atreve ni á regañarla, antes es una vergüenza ver el abatimiento con que la sufre. ¿Y por qué? Porque la tal costurera es la depositaria de sus secretos, la criada de su mayor confianza y la que la acompaña á la casa de un señor: y el día que lo sepa el marido, tal vez la matará, y hará muy bien,

porque no se casó para ser mala. Pero ya ves qué lindo motivo tiene esa señora para ejercitar la paciencia con su criada. Yo por mí, te aseguro que he de hacer cuanto pueda por manejarme toda mi vida con honor, por tal de que mis criadas cuando las tenga, no se suban sobre mí, por el mal ejemplo que les dé.

Pomposita se avergonzó con la prudente reprimenda de su prima, y no teniendo que decirle, varió conversacion, y á poco rato se despidió de ella y de su tia.

CAPITULO VI

En el que continúa la historia de Irene.

Que cierto es que los hombres miserables y siempre dependientes de los altos decretos, apenas podemos disponer con seguridad del instante presente, pues los futuros ya no dependen absolutamente de nuestro arbitrio! Es muy poco avisado, á mi entender, el hombre que con una loca arrogancia dice: Mañana haré esto, emprenderé tal cosa, sin añadir estas palabras: *Si Dios quiere*, porque es necesario contar con esa soberana voluntad para todas nuestras operaciones.

Cuando Welster hablaba con mi tutor acerca de poner á Irene en el convento, ¡qué ageno estaba de que á esa misma hora la estaban sacando de su casa! Así fué.

El á la tarde volvió á la del coronel; acompañado del señor Labin, y lleno de cólera le dijo: ¿Qué le parece á usted, señor coronel? ¿no hemos quedado bien lucidos? cuando estuve acá esta mañana fué el picaro de D. Lucas á casa, y con la mayor tropelia se sacó á Irene, auxiliado de cuatro soldados y un cabo, y por mas que Carlota se opuso, no fué posible resistir á la fuerza. Lo que mas siento es que ni conozco á ese padre infame, ni sé donde vive, pues si así fuera, ¡juro á Dios que habia de saber quién era Jacobo Welster!

Envaine usted, señor Carranza, le decia con mucha gracia el señor Labin, envaine usted y no se precipite. ¿Qué le importa á usted que sea un grosero el tal D. Lucas? en eso él se agravia y no á usted. Si hubiera ido á casa de usted y en su presencia él solo hubiera sacado á Irene, entonces habria hecho mal; pero á lo menos se acreditaria de osado, y habria manifestado que no tenia ni atencion ni miedo; pero ir con cinco soldados y cuando tú no estabas en casa, prueba que temió, y este temor te debe servir de gran satisfaccion.

El coronel y Doña Matilde apoyaron el discurso del señor Labin, y se sosegó Welster un poco. Mudaron conversacion y entre otras cosas, preguntó Labin al coronel si habia de ir al teatro á la noche, porque le aseguraban que la comedia era muy buena.